

EL CUERPO DE GIULIA-NO*

*Lo que hace que yo pruebe un gran dolor es que poseo un cuerpo.
Si no tuviera cuerpo ¿qué dolor podría yo probar?*

LAO TSE

* La primera edición de esta novela, cuya escritura se lleva a cabo, según su autor, entre 1955 y 1957, aparece publicada en México, en 1971, por la editorial Joaquín Mortiz. En 1980 se publicó una traducción al francés. La novela consta de 22 secciones y seis páginas que describen a los «Personajes en orden de entrada». Aquí se incluye la novela completa.

Empleo sólo las palabras y las letras necesarias en estas páginas. Pretendo que ellas sean la imagen fiel de mis antecedentes y mis errores desde que te conocí hasta el día de tu muerte. He escogido ese momento no tanto por su grandiosidad, sino porque él es para mí un punto de apoyo capital en este recuento. Ese momento fue mi más rumorosa caída durante mi corta marcha terrestre. No puedo desvirtuarlo con el pretexto de un milagro, de una revelación llameante que en realidad no tuvo lugar. Podría escribir: «Yo te amaba, Pajarito, lo descubrí ante tu cuerpo inmóvil, en la Morgue de Venecia». Pero sería falso. Empleo, por lo tanto, sólo palabras y letras blancas. Letras odiosamente lógicas, inexpresivas, letras de la prosa, de las cartas comerciales y las noticias diarias. Letras para conversar de política y deportes en los bares. Odiosas letras impresas cuyo veneno es la razón, el orden, la discriminación social, la guerra, las ideologías, el mal. Acaricio, en cambio, comunicaciones mucho más remotas e inmediatas. Grandes letras no escritas cuyo esplendor nos ilumine para siempre. Frases secretas con el sentido final de cuanto existe. Pero ¿cómo formularlas? «¿Habla español?» «Moi, je parle français». «Un petit peu seulement». «Italiano anche». «Mio padre ligure». Y los americanos: «Do you remember La Guerre?» «Yes, sure, it's marvelous». Y las frases ciegas de los monos y los loros burlones. Y el chillido atroz de los chiwacos («Such wonderful birds!») y los tucanes. Y su imposible acento veneciano. Y yo mirándote tendida, sobre una mesa de mármol. Recitando la oración mortuoria de Paracas. YO TE DESNUDO TE RECONOZCO TE ENTIERRO YO TE DESNUDO YO TE RECONOZCO TE ENTIERRO YO TE DESNUDO TE RECONOZCO TE ENTIERRO. (Luego las momias eran cubiertas con mantos admirables, tejidos en homenaje al cadáver y según su rango. La desnudez era totalmente desconocida entre los

muertos». «Sí, sí, la conozco». «¿Es usted pariente, esposo, novio, prometido, amigo?» Trato de recordar. Las costillas, la vejiga, el bazo, los riñones. Y cartílagos y nervios, glandulas oscuras e intestinos. La cascada de tu sangre, tu saliva y tu orina. Y además tus ácidos. Tus sales. Crecimientos extraños Humores. Residuos. ¿Qué cosa fuimos, Dogaresa? ¿Amantes solamente? «Sí, sí, la conozco». Llame usted nota, Comisario. Se llamaba Giulia. Nos conocimos en París, hace un par de años. No sé, no tengo idea. Sí. Vivimos juntos. Aquí tiene mis documentos. Investigue usted. Es su deber. ¿Qué cosa fuimos? No lo sé. ¿Qué cosa fuimos, Dogaresa? ¿Amantes acaso? Entre tantos verbos inútiles ¿recordarías el verbo amar?

YO TE AMO

TU ME AMAS

EL ME AMA

NOSOTROS NOS AMAMOS

VOSOTROS OS AMÁIS

ELLOS SE AMAN

Equivalente a:

YO TE ODIÓ

TU ME ODIAS

EL ME ODIS

NOSOTROS NOS ODIAMOS

VOSOTROS OS ODIÁIS

ELLOS SE ODIAN

Inútil igualmente. La fórmula mágica era simple, sin embargo:

GIULIA + NO - GIULIANO + YO = GIULIA

() también:

MAYANA - TÍO MIGUEL - PANCHITO + YO = MAYANA

Energías contradictorias que se podrían resumir en la palabra AMODIAR, o su equivalente ODIAMAR. Pequeños verbos inútiles. Hijos de las vicisitudes. Engendros de la vida diaria. Larvas de la lengua que las Grandes Letras

Selladas ignoran. Las Grandes Letras No-Escritas procedentes de la Vía Láctea. Mensajes de amor de una nebulosa Madre en cuyo seno vegetamos para siempre. Como las pirámides, que rechazaban la luz del sol y la transformaban en energía propiciatoria de las lluvias. Si 3000 Pirámides recubiertas de metal brillante convirtieron el Sahara en un jardín, 3000 palabras, hijas de las Grandes Letras Selladas, transformarían el lenguaje en un Edén. ¿El Paraíso Terrenal no era acaso el verbo? ¿Y la ribera azul del Tulumayo, y Giuliano, y aquel atardecer de fuego, existieron realmente? ¿O son tan sólo el fruto de estas páginas oscuras, fragmentos de un instante largamente acariciado y jamás conocido? Son interrogaciones inútiles. Como los orígenes de Giuliano. Como su viaje a los Estados Unidos. Como la inteligencia de sus hijos o las virtudes de Blanca, su mujer. Como sus fábricas de helados y chocolates, de margarina, de ladrillos, de puertas y ventanas. Como sus millones. Su seguridad. Su gordura. Como preguntarse:

¿POR QUÉ UNA FÁBRICA DE CHOCOLATES AMANECE EN UNA CIUDAD QUE ANOCHECE?

¿POR QUÉ UNA FÁBRICA DE CHOCOLATES APARECE EN UNA CIUDAD QUE PERECE?

¿O POR QUÉ LA FÁBRICA AMANECE MIENTRAS LA CIUDAD DE CHOCOLATE ANOCHECE?

¿O POR QUÉ LA CIUDAD PERECE MIENTRAS LA FÁBRICA DE CHOCOLATES APARECE?

¿O POR QUÉ EL CHOCOLATE AMANECE MIENTRAS LA FÁBRICA DE LA CIUDAD ANOCHECE?

¿O POR QUÉ UNA FÁBRICA DE CHOCOLATES DE LA CIUDAD AMANECE MIENTRAS LA CIUDAD DE LA FÁBRICA DE CHOCOLATES ANOCHECE?

¿Era entonces Giuliano una simple invención mía?

¿Pero qué cosa había de ridículo y de fatuo en todas estas invenciones mías, que yo mismo me encargaba de destripar como si fueran fragilísimos juguetes? No me quedaría nada entre las manos. Esto era cierto. Pero ¿qué

habría de quedar? Excrementos de la lengua. Vanas metamorfosis. Cadáveres verbales flotando en un mar de sangre humana. Todo lo que se llama el saber al servicio de unos cuantos en un mundo regido por el látigo. Ser-virme de algunos días de lluvia en la montaña del Perú, de millares y millares de indios explotados, de docenas de pájaros vocingleros, de las mezquindades de un paciente cualquiera, de la pasajera belleza de un adolescente descendido a los infiernos, de la devoción de una veciniana de cabellos rojos ahogada en el Gran Canal ¿no era sino una coartada, una lamentable triquiñuela para hablar de mí mismo ante un grupo de elegidos?

Falto de luz, mi lenguaje se detiene donde comienza la vida real. Tales son las movedizas fronteras que separan la mixtificación escrita de la verdad pura, desnuda. Los antiguos peruanos, que nada sabían de las letras, no conocían la mentira ni el subterfugio. No conocían la literatura. En el lenguaje oral, fluido, materialmente inestable, mentir, tergiversar, alterar, no eran sino crear, transfigurar, descubrir. Lenguaje y lengua puras, generadores del mito. De fabulosos teoremas verbales que la experiencia cotidiana no es capaz de contener sino en fragmentos. Miserables migajas del festín celeste. Luego, si algo había de quedar, si alguna utilidad tenía el cielo en tierra, los escribas del templo, los kipucamayos inmobilizaban en uno o varios gestos manuales la entidad del argumento. Nacían así sistemas de cuerdas y nudos de colores, originalmente utilitarios, verdaderas fichas estadísticas de las cosechas, medidas agrarias, zonas de irrigación, censo territorial, etc. Sólo más tarde apareció el poema, entre los dedos del escriba y los del sacerdote del sol. ¿Era tal vez esta divina fragilidad del mito, descendido a la tierra nuevamente, la que tanto había asustado a los indios a quienes pretendí iniciar en el juego de los cordeles?

¿Conocían ya lo que tales formas geométricas encerraban?
 ¿En aquella sintaxis inútil, en aquella matemática gratuita, se ocultaban quizás las leyes mismas de la creación? Ninguna computadora de vigésima generación, o posterior a ella, podría descifrar, durante miles de años de incansante trabajo, lo que un solo nudo de color ocultaba en su seno impenetrable. En la brillante desnudez conceptual de aquellos gestos latía la unidad fundamental de lo creado.

He aquí una tabla de los elementos principales dispersos en los millares de nudos del poema, en los que los colores primarios y los contradictorios, no-colores, blanco-negro, se organizan en triadas jerárquicas, o trinidades, mientras los complementarios aparecen solos:

UN NUDO BLANCO	LA VIDA
DOS NUDOS BLANCOS	EL AMOR
TRES NUDOS BLANCOS	DIOS - EL PARAÍSO - EL BIEN
UN NUDO NEGRO	LA MUERTE
DOS NUDOS NEGROS	LA GUERRA
TRES NUDOS NEGROS	EL INFIERNO - EL DEMONIO - EL MAL
UN NUDO ROJO	LA SANGRE
DOS NUDOS ROJOS	LA REPRODUCCIÓN
TRES NUDOS ROJOS	LAS ESTRELLAS
UN NUDO AMARILLO	LA FLOR
DOS NUDOS AMARILLOS	EL FRUTO
TRES NUDOS AMARILLOS	EL SOL
UN NUDO AZUL	EL AIRE
DOS NUDOS AZULES	EL AGUA-EL RÍO-EL LAGO-LA LLUVIA
TRES NUDOS AZULES	EL CIELO
UN NUDO VERDE	LA TIERRA - LA PLANTA - EL ÁRBOL
UN NUDO NARANJA	EL FUEGO
UN NUDO VIOLETA	LA LUNA

—Yo adoraba a mi padre —me dijiste una vez, la única vez que me hablaste de ti.

El caño del lavabo goteaba incansablemente en el fondo de la pieza.

—Nací cerca de Rialto —proseguiste—, barrio de mercaderes, ruidoso, pestilente. Mi madre tenía un pequeño negocio. Vendía chucherías de toda especie, cintas de seda, guarniciones para uniformes, nuevas y usadas, botones, alfileres, medias de nylon (de contrabando, naturalmente), encajes, foulards, pañuelos. Cosía además para los gondoleros. Yo la ayudaba. Me daba una propina de vez en cuando que yo me gastaba en dulces y helados. Mi padre, mientras tanto, no hacía sino ir y venir con una lancha sin que yo supiera a dónde iba ni de dónde venía, y ni mi madre ni nadie lo sabía. Era muy fuerte. Siempre me traía algún regalo de sus viajes. Muñecas o tacitas japonesas. Retazos de seda de Thailandia. Perfumes franceses. Castañuelas y peinetas españolas. A los catorce años, de regreso de un viaje, me acarició todo el cuerpo y me besó a la fuerza, pero en ese instante llegó mi madre y él me dejó tendida en el suelo, llorando de miedo. Estaba borracho. Mi madre lo echó de la casa gritando como una loca y nunca más lo volví a ver. Yo sufrí mucho por esto. A los 16 años empecé a trabajar en la caja de un bar, pero los marineros no me dejaban en paz y tuve que abandonar el puesto. La guerra acababa de terminar y Venecia estaba llena de toda esa gente. Me enamoré de uno de ellos y me entregué a él.

Te incorporaste en el lecho con la espalda semidesnuda. A través de la ventana los avisos luminosos te cubrían de azul, amarillo, violeta. El caño roto del lavabo goteaba sin cesar.